

CYNTHIA ARACELI RAMÍREZ PEÑALOZA*

Gilberto Owen, escritor y editor enfocado en las mujeres

Gilberto Owen,
writer and publisher focused on women

Resumen

Owen es bien conocido por su interés romántico en las mujeres, mas este artículo se enfoca en el respeto y la admiración que mostró hacia la mujer empoderada, aun desde sus primeros escritos de adolescente.

Palabras clave: Gilberto Owen, mujeres empoderadas, escritores católicos, revistas locales

Abstract

Owen is well known for his romantic interest in women, but this article focuses on the respect and admiration that he showed for empowered women from his first writings as a teenager.

Key words: Gilberto Owen, empowered women, catholic writers, local Magazines

Introducción

Las “cartas de amor” que Gilberto Owen escribió a Clementina Otero en 1928 son, probablemente, lo más popular de este contemporáneo. Además de las ediciones de Bellas Artes (1982) y de la Universidad Autónoma Metropolitana (1988), la edición facsimilar bellamente preparada por Vicente Quirarte y Marinela Barrios, publicada en 2004 por Jaime Labastida bajo el sello de Siglo XXI, ha sido muy bien aceptada por lectores de diversos ámbitos, además de que es la más completa, pues, como se sabe, a lo largo de los años Otero dosificó las cartas que vieron la luz pública durante su vida; en parte por atención a la voluntad de su esposo, en parte por decisión propia. La comprensible fascinación de los lectores se debe a la majestuosa y cáustica escritura del rosarino desdeñado, que muda de la súplica a la amenaza, que no escatima argumentos, que apela a la razón, al amor, al odio, e incluso a los amigos. Sin embargo, Clementina Otero supo leer entre líneas, comprendió que era la musa ante la cual Owen estaba ejercitando su poesía: “Amaba al poeta, mas no al hombre.”¹ La joven hermosa y sabia Clementina no mordió el anzuelo, y eso fue lo que la consagró como musa oweniana.

A lo largo y ancho de la obra de Owen, la mujer es tema central. Mas este consagrado poeta entendió desde joven que no es posible encasillar ni controlar a las mujeres; vislumbró el poder que de una mujer puede emanar, y entonces anheló su compañía como colegas, como pares. Así pues, se dirigió a ellas increpándolas a

sumarse a las filas intelectuales desde sus primeros escritos.

Las figuras femeninas desde la óptica cristiana

Que los seres humanos no somos iguales, sino variadísimos, independientemente del género, no era desconocido para Owen. Para estructurar la tipología femenina desde la mirada del rosarino, es útil el procedimiento de clasificación que caracteriza Northrop Frye, quien dicotómicamente divide las figuras femeninas en los grupos: maternal y marital². Al primero pertenecen las mujeres que son madres (en el imaginario católico de Owen, los dos claros ejemplos son la Virgen María y su propia madre); en tanto que en el segundo encontramos a aquellas a las que se les “conoce”, en el sentido bíblico del término³ (todas las demás, en el caso de Owen). Mas la lógica binaria de Frye debe ceder ante la contundencia del clásico acertijo: “Hay dos madres, dos hijas y tres manzanas; a cada una le toca una manzana”, de modo que agrega la categoría de “figuras maternas intermediarias” (*intermediate maternal figures*), cuyos prototipos son Eva y Raquel. El ideal, o madre apocalíptica, está representada por figuras tipo Virgen María. Su opuesto, la madre demoníaca, está presente en el imaginario occidental en la figura de la famosa Lilith⁴,

² Northrup Frye, *The great code. The Bible and literature*, pp. 139-168.

³ “Y conoció Adam á su mujer Eva, la cual concibió y parió á Caín, y dijo: Adquirido he varón por Jehová”. (Génesis, 4:1)

⁴ Algunas traducciones católicas de la Biblia incluyen la palabra *Lilit* en la enumeración de calamidades que Dios traerá sobre Edom: “Perros y gatos salvajes se reunirán allí, y se juntarán allí

¹ Gilberto Owen, *Me muero de sin usted. Cartas de Amor a Clementina Otero*, p. 44.

Cuadro de Frye: tipología de las figuras femeninas

Figuras	Zonas		
	Demoniaca	Intermedia	Apocalíptica
Madre	[Lilith]	Eva	Virgen María
Amada	La gran Prostituta	María Magdalena	Iglesia

arcaico mito judío que pretende explicar la doble creación femenina presentada en la Biblia (Génesis, 1:27 y 2:15-25). Entre los extremos del ideal y la perdición, indudablemente, existe la zona intermedia, que resulta más interesante. Es el espacio donde se localiza María Magdalena, debido a la larga lista de relaciones de pareja por la que es conocida, o la mujer adúltera presentada a Jesús para ser lapidada (Juan, 8:1-11). Es el lugar de Eva, por quien la humanidad cayó en pecado. Para exponer gráficamente lo anterior, presento una variación sintética del cuadro de Frye.⁵

El cuadro es útil para apreciar las posibilidades, desde la perspectiva de los estereotipos, mas no debe dejarse de lado que las combinatorias y las sutilezas, pesan: a veces las cosas no son lo que parecen, como la falsa oposición entre Eva y Lilith que, como veremos en el maduro

Owen, imaginó el protagonista de *Novela como nube*, y que finalmente se resumió en la figura de Eva, para desgracia del abrumado, derrotado y domesticado Ernesto.

Tradicionalmente se relaciona con los personajes anteriores un pasaje narrado en Lucas (10:38-42), donde se da cuenta de la visita de Jesús a una mujer llamada Marta. Transcribo los cinco versículos porque en su brevedad muestran el contraste entre las hermanas, tema central para esta lectura:

Y aconteció que yendo, entró Él en una aldea: y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. / Y ésta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose á los pies de Jesús, oía su palabra. / Empero Marta se distraía en muchos servicios; y, sobreviniendo, dice: Señor, ¿no tienes cuidado que mi hermana me deja servir sola? Dile pues, que me ayude. / Pero respondiendo Jesús le dijo: Marta, Marta, cuidadosa estás, y con las muchas cosas estás turbada: / Empero una cosa es necesaria; y María escogió la buena parte, la cual no le será quitada.

La tradición oral tiene claras tipificaciones para los personajes en cuestión: Marta es la mujer dinámica, activa, que procura cumplir su función de atender a los invitados de la mejor manera, al extremo de salir al encuentro del huésped

los sátiros. También allí Lilit descansará y hallará su lugar de reposo" (Isaías, 34:14, versión Nacar-Colunga). En las versiones protestantes, como la Reina-Valera o la King James, en lugar de *Lilith* aparece *lamia* ("figura terrorífica de la mitología, con rostro de mujer hermosa y cuerpo de dragón", DRAE), *lechuza* o *screech owl*. Lo que no aparece en ninguna de las fuentes consultadas es el referido arcaico mito judío: la historia de la primera mujer rebelada contra Adán, Lilith, que es reemplazada por Eva; de ahí que Frye la incluya en su cuadro entre corchetes, como corresponde a un agregado apócrifo.

⁵ Northrup Frye, *op. cit.*, p. 142.

—como sucedió durante la lamentación por la muerte de Lázaro—, pero su frenesí obnubila su juicio ante las cuestiones verdaderamente importantes: la mujer debe estar sujeta al varón, en lugar de tomar la iniciativa.

En contraste, María es la mujer sabia y prudente, la que sabe que no le toca tomar la iniciativa, sino esperar a ser llamada; la que comprende que más le aprovecha sentarse a los pies del maestro y aprender de él que cumplir con sus deberes hospitalarios (prioritariamente femeninos, en el contexto bíblico y en la tradición cristiana). Así, el nombre de María se asocia a figuras femeninas positivas —entre las que destaca la Virgen, pero se incluye también a las pecadoras arrepentidas, como María Magdalena—; corresponde a Martha el papel de la fémina que rompe estereotipos, que se equivoca porque toma la iniciativa sin esperar las indicaciones de las autoridades masculinas.

Con base en las referidas figuras femeninas y determinado por la filiación connatural al común de los mexicanos, más aún durante la primera mitad del siglo xx, en la escritura del rosarino, María y Marta son las hermanas antitéticas; las Marías son “buenas”, el nombre tiende a una lectura positiva, a diferencia de las Martas, rebeldes herederas de Lilit. Gilberto Owen tiene muy claro que todas las mujeres son diferentes y que pueden decidir libremente cómo han de reaccionar o qué decisiones quieren tomar a lo largo de las distintas disyuntivas que la vida presenta. No obstante, hay patrones culturales que exigen determinadas conductas de acuerdo con el género; presión que algunas acatan, pero ante la cual otras se rebelan. Owen es el editor y escritor que apeló a la rebelión femenina desde

sus primeros escritos, como mostraré a continuación.

La figura femenina en Owen: complejo mosaico con claros extremos

Cuando el joven Gilberto Owen radicaba en Toluca, Estado de México, editó revistas locales como *Manchas de Tinta* (mayo y junio de 1920), *Raza Nueva* (junio de 1922) y *Esfuerzo* (septiembre y octubre de 1922).⁶ Estas publicaciones son fundamentales, no sólo por dar cuenta de la juvenilia de este connotado contemporáneo, sino porque en ellas aparecieron textos de otros jóvenes que después serían conocidos intelectuales; además, es sorprendente que, a diferencia de las revistas de su época —que adoctrinaban a las mujeres para ser perfectas amas de casa, responsables de criar niños perfectos, tener el hogar en prístinas condiciones y garantizar la felicidad del marido—, Owen no sólo invita a las mujeres a leer textos sobre noticias y cultura en general, sino que incluye a una compañera como colaboradora fija para redactar artículos de interés académico.

En esta valoración de la mujer como colega, como par intelectual, es posible apreciar una evolución. A Owen siempre le encantaron las mujeres; a lo largo de su obra las admira y se declara derrotado por muchas de ellas, como puede verse en el “Día cinco, Virgin Islands”, de su *Sindbad el varado*, o en toda su *Novela como nube*. Pero, como ya he indicado, en el rosarino

⁶ *Esfuerzo* es la más lograda. Al respecto véase Javier Beltrán y Cynthia Ramírez, “La revista *Esfuerzo*: inicios periodísticos de Gilberto Owen”, *Ciencia Ergo Sum*, vol. 14-2, 2007, pp. 223-232.

se percibe una compleja concepción de la mujer, en cuyos extremos las hay sumisas y recatadas —ésas son las que no le apasionan—, así como también las hay frías y calculadoras; las que lo derrotan, ante las cuales se declara fascinantemente vencido. En la presentación de *Manchas de Tinta*, escrita cuando el joven poeta contaba con 16 años, Owen se dirige sólo a las primeras, como si no conociera la existencia de las segundas:

Y, en estas líneas, al saludar por vez primera a la sociedad de Toluca, vayan especialmente nuestra admiración y nuestros saludos también a esas bellezas de la localidad, a esas damitas hermosas, que hacen de esta joven ciudad jardín de encantamiento y delicioso edén.

El adolescente se enfoca aquí en la mujer como un bien social cuyo principal valor radica en su apariencia. La presencia de mujeres bellas hace de la tan sin gracia ciudad de Toluca un “delicioso edén”⁷: la mujer es ocasión al varón para “pecar”, lo que en Owen es más bien gozar: el paraíso en la Tierra. El diminutivo “damitas” indica, además, que se refiere a las jóvenes, lógica preferencia dada la edad del redactor, pero también machista tendencia presente a lo largo de la historia de la cultura occidental: Booz y Ruth, el anciano David que duerme con Abisag, la moza virgen sunamita a quien el rey nun-

ca *conoció* pero que alivia el frío que lo corroe, Fausto y Margarita, Lolita, Nastassja Kinski y Roman Polanski... Pero Owen no se estanca en el estereotipo: dos años después encontramos ya la confrontación entre diferentes tipos de figuras femeninas, en uno de los puntos tratados en la columna “Efemérides Triviales” de *Raza Nueva*:

Feminismo

Como en el poema de Nervo, “murieron los quién sabe, / callaron los quizá”; como en la máquina de escribir de Carniado, las interrogaciones se han quebrado, como esfinges de granito que se pulverizaran para formar el arenal inmóvil de la serenidad. Ya no más, la inquietud parlanchina —y sólo por ello femenil— de las feministas, epigramatizará con un risueño gesto de bondad e ironía las páginas austeras de los periódicos trascendentales; sus problemas están resueltos casi, y, casi también, el grito gárrulo de su rebeldía ha sido acallado por el hosanna agresivo de su victoria, en San Luis Potosí hallaron el primer potosí de triunfos: una mujer, Dolores Arriaga, ha sido nombrada magistrado.

Dos amiguitas mías, muchísimo más guapas que inteligentes, arrebatándose la palabra, me daban hoy la noticia estupefactiva con un entusiasmo escandaloso que imaginaba, al principio, obra de alguna revolución en la moda; y cuando más metidas estaban en sus comentarios jubilosos y agresivos, he ahí que interrumpe mi excelente amiga la Filosofía de la Historia: —Paz, niñas, paz; ¿acaso no he sido yo, una mujer, Juez de la humanidad desde “antes que Dios fuese Dios”?

⁷ Como orgullosa oriunda y habitante de esta ciudad, puedo afirmar sin ofender a mis coterráneos que, fuera de las pocas zonas ecológicas que se mantienen en los alrededores o las bellas iglesias de los siglos xvi a xvii, Toluca carece de atractivo turístico o cultural, incluso en la actualidad, casi un siglo después del paso de Owen por este lugar, de ahí la fuerza de su hipérbole al llamarla “delicioso edén”.

Y enseguida, a guisa de epílogo, les repitió aquel donoso razonamiento de la heroína de Martínez Sierra en *El amor catedrático*, según el cual el género masculino queda reducido a cero ante la indiscutible diferenciación única de la Mujer.

Ambos extremos del *continuum* referido tienen en este breve texto dignas representantes. Por una parte están las dos jóvenes que celebran una noticia sobre el empoderamiento femenino, irónicamente presentadas como “muchísimo más guapas que inteligentes”; por la otra, destacan tres figuras femeninas: la primera magistrada en México, la Filosofía de la Historia, y la heroína de Gregorio Martínez Sierra. En los dos últimos casos, el rosarino enarbola el principio de autoridad para conminar a sumarse a las filas de quienes transforman las estructuras (“hechos, no palabras”); de manera hiperbólica, el narrador es rescatado del discurso unilateral de las emocionadas amigas, de “sus comentarios jubilosos y agresivos”, por la Filosofía de la Historia, a quien se atreve a presentar como preexistente a la divinidad y cuya breve arenga concluye con una cita de Martínez Sierra que el narrador no registra, sólo resume. Sin embargo, este dramaturgo español es notable por la inclusión de propuestas feministas en sus escritos, incluida la novela citada, publicada en Madrid en 1910.

La tercera figura femenina empuerada que aparece en este texto sí está registrada en los anales de la Historia. Dolores Arriaga (1893-1971) fue la primera abogada titulada en San Luis Potosí y la primera magistrada del Supremo Tribunal de Justicia, además de que desempeñó altos puestos en la Judicatura del Estado. Con el irónico estilo que lo carac-

teriza, el rosarino reconoce la figura de Dolores Arriaga, acontecimiento que aprovecha para burlarse de ciertos extremos, visto que las jubilosas amiguitas anuncian agresivamente el nombramiento como mérito propio; de ahí la insistencia que hay en el primer párrafo respecto al gárrulo y éxito del movimiento feminista tras este único hecho. Owen no minimiza ni la problemática de género ni el mérito de Arriaga; ridiculiza a quien no pasa del dicho al hecho.

Meses más tarde, en la presentación de *Esfuerzo*, Owen hace explícita su intención de que la revista sea leída por las mujeres:

Nuestro más grande afán es hacer que esta revista sea leída por la mujer, y que encuentre su puñado de ideas un lugar bajo la paz tibia de los hogares, llevando a ellos nuestro mensaje de alegría y esperanza, y que las secciones que consagramos al Arte y a la Belleza, divinos y eternos, pongan su paréntesis amable en la monotonía hacendosa y fecunda de todos los días; con esto sentiríamos logrado el éxito humano y posible que ambicionamos, y correspondido con creces el esfuerzo nuestro, que agrupó empeñosamente los granos de oro y arena (que todo hay, como en la vida), para formar la mínima montaña que es este número inicial.

Como se señaló en otro espacio,⁸ debe tenerse en cuenta que en esas fechas Owen trabajaba en una biblioteca pública cuyo acervo incluye la colección de la revista *Hogar*, con tiraje de seis mil ejemplares, en la cual se instruía a las mujeres para

⁸ Javier Beltrán y Cythia Ramírez, *loc. cit.*

ser buenas esposas: atención al marido, conducta mesurada en sociedad, manualidades, recetas de cocina, vestimenta adecuada, etcétera. Por el contrario, este contemporáneo decide dirigirse a la mujer no como subordinada al marido, sino como ente pensante, como su par intelectual. A la inversa de su época en que se insiste a la mujer que trabaje todo el día en casa, reciba al marido sin problemas –bien vestida y arreglada–, lo haga sentirse cómodo para que descanse, presente niños limpios y bien portados, etcétera, el rosarino pide a la mujer que interrumpa su monotonía (“hacendosa y fecunda”) y lea. No las sanciona por sus actividades cotidianas, pero sí busca seducirlas intelectualmente, llevarlas al lugar donde el pensamiento es el principal bien de un ser humano.

En la columna “Perspectivas Ingenuas”, al abordar el jocoso tema del muerto que se casó, Owen cierra su satírico texto nuevamente dirigiéndose a las lectoras, reiterando su intención de proporcionarles esparcimiento.

Post scriptum. Lectora mía: como lo manda la señora Retórica, a quien por señora respeto como el más seco y sabio y rectilíneo académico, son estas líneas finales las que aprovecho para besar la mano y los pies de usted, hoy que reanudo la charla que hace tiempo, en otro periódico, pretendía divertirla. Y, con el permiso de usted, voyme a otras diligencias en las que el caballero pensista me reclama.

Como puede apreciarse, se dirige a las mujeres como lectoras de textos críticos, en los que el genial escritor, de entonces dieciocho años, desde una perspectiva

literaria, satiriza los convencionalismos sociales y cuestiona el conservadurismo local, pese a haber pasado su corta vida en la provincia; temas diametralmente opuestos a las recetas de cocina o recomendaciones de conducta y vestuario de las revistas “femeninas”.

Owen no se dirige a las mujeres como si fueran menos conocedoras que él de la literatura y la historia, sino que las asume como pares y les habla de la misma manera en que se dirige a sus colegas varones. En él no hay condescendencia, sino reconocimiento. En este caso, tras leer la noticia de que un muerto se había casado en Calimaya,⁹ Owen decidió visitar el lugar, acontecimiento que describe irónica y cómicamente citando a Nervo y a “don Enrique Carniado, cuya mano no beso, estrecho”. Los contrastes son geniales: cuando se dirige a la “lectora mía”, así, en singular, para que cada una se sienta personalmente aludida, Owen *aprovecha* para besar la mano y los pies. Carniado no merece tal distinción. El rosarino deja clara su admiración por la inteligencia. La respeta, la reconoce, la sitúa en el ámbito intelectual. Pero si esa inteligencia radica en una mujer, entonces Owen se entrega. A lo largo de su obra hay rápidas alusiones a las mujeres deseables por jóvenes o por hermosas; no cabe duda de que le parecen motivo de gozo, pero son las mujeres empoderadas las que lo trastornan, las que lo descarrilan, son ellas a las que se refiere con la expresión referencial *La Mujer*.

⁹ Calimaya es un municipio del Estado de México cuya cabecera municipal es Calimaya de Díaz González, localizada 14 kilómetros al sur de Toluca. Evidentemente, por las descripciones, Owen se refiere a esta última localidad, a la que en 1894 se le otorgó pasar de pueblo a la categoría de villa.

En otra columna de la misma revista, "Meditaciones de un Romántico: Interesante a la Mujer", encontramos ya explícita la percepción oweniana sobre las diversas figuras femeninas:

Pero a qué mujer; entendámonos. No pretenderás tú, que quieres asomar tu cabeza inexpresiva y un tanto bovina por ese desgarrón de la página, que tu gesto difícil y rebuscado sea interesante para La Mujer. Tú sabes bien que esa entidad al mismo tiempo compleja y vacía que osan llamar el Alma Femenina no se tomará el trabajo de descifrar tus palabras ni mal leerá siquiera tus renglones. Si alguna mujer hubiese que comprendiera en sí todos los atributos, buenos y malos, del Alma Femenina, ésa no habría llegado siquiera a este renglón sin haber arrojado la página.

¿Para quién escribes pues? ¿Es para la marisabidilla que ha metido la ávida punta rosada de la naricita en el berenjenal de los clásicos y ha ornado su conversación con citas doctas y enriquecido su erudición con los nombres extranjeros que mal pronuncia? ¿O es para la romántica a quien "encantan los versos" y sabe ya enhebrar palabras sonoras en el dorso de las amistosas postales, o sobre la "falsa" que transparenta en el fino papel de las amorosas misivas? ¿O para la que es maestra en los pasos del *fox trot*, o tiene manos ágiles para herir las teclas del piano, o garganta de plata para alcanzar las notas de la canción; o simplemente donosura en la charla, garbo en el andar o distinguida soltura en los afectados ademanes? Puedes querer escribir para todas. Tu deseo se colmaría si las cabecitas femeninas se apiñaran en rededor de tu página para oírte de-

cir. Pero no lo conseguirás, descuida, a ellas nunca podrás hablarlas de lo que las interesa.

Y, sin embargo, a todas ellas les interesan muchas cosas y ésas las sabes tú. Podrías decirles de aquel noviazgo que va a principiar, porque en el entreacto del cine sorprendiste la ingenuidad de las miradas; o bien de aquel otro que termina con bostezos de aburrimiento que son sus boqueadas de agonía. Las dirías de la serenata fracasada, del baile lucido; desenvainarías las tijeras para emprenderla con la reunión cursi, con la dama inconveniente, con el marido sumiso, con la niña mal educada.

Pero ¡Dios te libre de hacerlo! Tu lengua se volvería de estopa y tu paladar de cartón si osaras pronunciar una palabra.

Sigue buscando en esa entidad compleja y vacía que osan llamar Alma Femenina y hallarás lo que la interesa, y lo dirás aquí para que las cabecitas rubias y morenas se agrupen para oírte y puedas exprimir para ti de las uvas maduras —claras o negras— de los ojos, la miel de las miradas.

De entrada encontramos la contraposición entre las vanas intenciones de quienes adoptan falsas poses para ser aceptadas (la "feminista" que protesta airadamente, para luego correr a casa a atender al varón) y "La Mujer": el ya revisado contraste entre María y Martha, "opuestos sinsabores". Y no hay una, sino muchas formas de ser la sumisa y complaciente María: la "marisabidilla" que se ha esforzado por repetir sin comprender el canon literario, la "romántica" que se deshace por mostrar su pasión por la poesía, la "esteta" que baila, canta o toca el

piano o al menos se mueve como deben hacerlo las damas.

Tras exhibir cuáles son las poses femeninas, Owen pasa a exponer qué es lo que en realidad les concierne: quién se interesa por quién (“aquel noviazgo que va a principiar, porque en el entreacto del cine sorprendiste la ingenuidad de las miradas”), o todo lo contrario (“aquel otro que termina con bostezos de aburrimiento que son sus boqueadas de agonía”), los rumores sobre la vida cotidiana: “desenvainarías las tijeras para emprenderla con la reunión cursi, con la dama inconveniente, con el marido sumiso, con la niña mal educada”. El adolescente Owen tiene muy claro lo que en realidad la gran mayoría de las personas, incluidas las jóvenes, quieren saber.

Sin embargo, ésa es la salida fácil: “Pero ¡Dios te libre de hacerlo! Tu lengua se volvería de estopa y tu paladar de cartón si osaras pronunciar una palabra.” El rosarino conmina al escritor a no caer en tal tentación. Su deber es despertar conciencias, asaltar intelectos, provocar debates entre la estética, la razón y la vida; debates que son principio y fin de la literatura, llamado primordial de la escritura artística:

Sigue buscando en esa entidad compleja y vacía que osan llamar Alma Femenina y hallarás lo que la interesa, y lo dirás aquí para que las cabecitas rubias y morenas se agrupen para oírte y puedas exprimir para ti de las uvas maduras –claras o negras– de los ojos, la miel de las miradas.

En esta columna, es clara la crítica del rosarino al tipo de publicaciones dirigidas a la mujer, así como su insistencia en que las mujeres no están ni cortadas por la

misma tijera ni limitadas a los papeles de adorno o compañía que tradicionalmente se les imponían. Y es tarea del escritor, independientemente de su género, abonar para esta transición.

Finalmente, el interés de Owen por que las mujeres sean percibidas desde una perspectiva más equitativa, como seres humanos, no como comparsas masculinas, se aprecia en la importancia que da a la presencia de la única colaboradora de las revistas de la época dirigidas por él hasta ahora conocida, Amelia Sámano Bishop, quien firma la columna “Tópicos Estudiantiles” incluida en los dos números que se han encontrado de esta publicación periódica.

En el primer número de la revista, la columna aborda el tema “En el Instituto”, desde la perspectiva de la autora, una alumna. Tal y como seguimos escuchando hasta ahora, y seguiremos, su preocupación se funda en la “catalepsia estudiantil, cosa rara entre las masas juveniles, porque siempre arde en su espíritu ese fuego sagrado que caracteriza la vida de los que principian a caminar por la difícil senda de la existencia”.

En su opinión, la indiferencia y la pereza se han apoderado del alumnado institutense, que prefiere soñar “a lo largo de esas decrepitas banquetas que cargan los duros años de no sé qué siglo, que el triunfo llegará como llegan al cerebro los juegos de la imaginación”.¹⁰ Ante la inercia, propone el ímpetu de la voluntad, resumida en la gastada máxima “querer es poder”, con lo cual conmina a sus compañeros a hacer un “esfuerzo supremo” para “la realización de las grandes y loables

¹⁰ *Loc. cit.*

acciones, que nos conducirán a la cúspide del ideal forjado". En la siguiente entrega se encuentra uno con cuál es el ideal forjado.

Tres semanas después aparece la continuación de la columna, ahora dedicada a los próximos exámenes, después de haber disfrutado de las vacaciones:

Al terminar este período estacionario, aparece el que pudiéramos llamar de crisis: el de los exámenes. Por los corredores de la escuela se pasean casi todos; en algunos se imprimen en las palideces del rostro, las de los conocimientos, mientras que dos o tres están casi congestionados (han aprendido el texto de memoria). Es esta la época en que el estudiante se vuelve madrugador, temperante, retraído, alejado por completo del mundanal ruido, porque cree, asimilando de prisa, salvar el compromiso.

Yo me complazco en observar a los compañeros. Se preguntan: ¿Tienes miedo a los exámenes —el más anémico contesta invariablemente: —qué va! Aún hay tiempo para MACHETEARE, si no, para algo son los panzazos gloriosos. —¿Y entonces por qué tiembles? —Hombre, no es miedo, es precaución.

Este escenario le permite exponer su opinión sobre el sentido de la vida, al menos de la vida del estudiante: "¿Pero qué interés guía a tantas y tantas juventudes que se suceden en el aula? Es uno, el mismo de hace muchos siglos y el eternamente nuevo, el afán de 'ser'." La columna termina con la exaltación de la ciencia "que nació del espíritu humano", pero desde una curiosa sincretización católica cuyos ejes me permito resaltar con cursivas:

Por eso sufrimos todos los sinsabores y fracasos y reveses de la vida de estudiante. Bien caudales de ciencia, que nació del espíritu humano, en cuyo regazo infinito aventurados los que continúan esa sagrada obra de tantos hombres atormentados en tantas centurias, la *fe* de tantos fuertes, la *esperanza* de tantos miserables, el *amor* de tantos espíritus generosos que se consumieron, como lámpara que se agota por alumbrar, para proporcionarnos inefables caudales de ciencia, que nació del espíritu humano, en cuyo regazo infinito se explican y armonizan todas las múltiples aspiraciones de la humanidad.

Fe, esperanza y amor (o caridad, en algunas traducciones de la Biblia) son las virtudes teologales destacadas en 1 Corintios 13, renombradas por ser parte de la liturgia católica y principio de la fe cristiana, a diferencia de la ley del Talión, virtudes teologales que Amelia Sámano Bishop adecua sin ningún tropiezo a la vida de la juventud institutense. La lectura de la juvenilia de Owen permite comprobar la coincidencia de pensamiento, posible razón por la cual el rosarino invitó a esta institutense a colaborar en su revista.

Conclusión

Pese a los numerosos errores en la escritura de Amelia Sámano Bishop (morfológicos, sintácticos, léxicos y ortográficos), comprensibles por la juventud de la autora, y la flaqueza de sus planteamientos, así como de la estructura argumental, hay en la joven colaboradora otros puntos de coincidencia con Owen: la decadencia del Instituto y la esperanza en el

vigor de la juventud, capaz de llevar al triunfo los ideales de la humanidad. En Owen el primer aspecto es ampliamente conocido desde la edición de 1979 de sus *Obras* por el Fondo de Cultura Económica; el segundo no lo es tanto, por la dificultad de encontrar las revistas que publicó o en las que colaboró durante las primeras décadas del siglo pasado.

Que la mujer es ocasión al varón para la perdición no es un elemento ajeno a Owen. La antítesis entre María y Marta, *opuestos sinsabores*, permite al poeta representar los contrastes en el ideario occidental: María es la mujer sumisa, la que nunca toma la iniciativa, sino que espera—prudente—la señal del varón; frente a su arrebatada hermana Marta, la que piensa por cuenta propia, contra la idealista tipología bíblica: la mujer sea sujeta al varón. En la ortodoxia, la función femenina es obedecer al esposo y dar luz a sus hijos. Desde su juventud, Owen rechazó ese patrón. Lo representa, mas para atacarlo. Prefiere a las duras y veleidosas féminas que rechazan al amado, a Clementina, a Ruth, a las Evas de *Novela como nube*. Owen sabe que las mujeres no son comparsas en la historia escrita por los hombres. Son tan capaces y tan conscientes como para decidir cuándo, cómo y dónde aceptar o rechazar a un supuesto enamorado. No todas son las débiles féminas que abrazan el matrimonio como vocación, sino que también hay mujeres capaces de tomar decisiones sobre su vida y obra. Desafortunadamente, para él, esas brillantes mujeres son las que ciegan y atrapan; seducen como la luz al insecto nocturno; destruyen al hombre que gravita a su alrededor. Ante estas seductoras sirenas, el marinero Owen se resiste a ser Ulises: él no se ata, él no se

protege. Se entrega gozoso, aun sabiendo lo que le espera.

Bibliografía

- Frye, Northrop. *The Great Code. The Bible and Literature*. Nueva York, Harcourt, Harvest, 1983.
- King, James. *The Holy Bible*. S/I, National Publishing Company, 1983.
- Nácar, Eloíno y Alberto Colunga (trad.). *Sagrada Biblia*. 57ª ed., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2007.
- Owen, Gilberto. *Cartas a Clementina Otero*. México, Ediciones de Bellas Artes, 1982.
- . *Cartas a Clementina Otero*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1988.
- . *Me muero de sin usted. Cartas de amor a Clementina Otero*. México, Siglo XXI, 2004.
- . *Obras*. Edición de Josefina Procopio, prólogo de Alí Chumacero, recopilación de textos de Josefina Procopio, Miguel Capistrán, Luis Mario Schneider e Inés Arredondo. México, Fondo de Cultura Económica, 1979. Hay reimpresión de 1996.
- Sociedades Bíblicas en América Latina. *Santa Biblia*. Miami, Editorial Vida, antigua versión de Casiodoro de Reina (1569) revisada por Cipriano de Valera (1602) y posteriormente cotejada con diversas traducciones de los textos hebreo y griego, 1909.

Hemerografía

Beltrán, Javier y Cynthia Ramírez. "La revista *Esfuerzo*: inicios periodísticos de Gilberto Owen". *Ciencia Ergo Sum*. Vol. 14-2, 2007.

Owen, Gilberto. *Esfuerzo*. Tomo I, núms. 1 y 2, Toluca, 1922.

_____. *Manchas de Tinta*. Tomo I, núms. 1 y 2, Toluca, 1920.

_____. *Raza Nueva*. Tomo I, núms. 1 y 3, Toluca, 1922.

Sámano Bishop, Amelia. "Tópicos estudiantiles". *Esfuerzo*. Núms. 1 y 2, Toluca, 1922.